

DESCULTURALIZAR LA CULTURA

Retos actuales de las políticas culturales

Víctor Vich

Pontificia Universidad Católica del Perú

—Yo traigo a los hombres un presente.

—No les traigas nada, —dijo el santo— antes bien, ¡quítales algo!

—Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*

Resumen: El presente artículo combina la reflexión académica con la propuesta política. Retoma la pregunta sobre la importancia de las políticas culturales e intenta fundamentar una nueva respuesta. Sostiene que las políticas culturales no pueden concentrarse únicamente en la pura organización de eventos. Más allá del fomento a la producción cultural, del establecimiento de mejores mecanismos para su circulación y de dirigirse a públicos diferenciados, el ensayo apuesta por una política cultural que apunte a la deconstrucción de los imaginarios hegemónicos, vale decir, al intento por intervenir en aquellos sentidos comunes que se encuentran hondamente afianzados en los habitus sociales. Si el capitalismo contemporáneo basa buena parte de su poder en la dominación simbólica, este ensayo entiende que los símbolos y la cultura en general son igualmente un lugar de respuesta.

¿Es deber de las políticas culturales fomentar la producción cultural, organizar eventos y ofrecer una mayor circulación de los objetos culturales? ¿O son, más bien, las encargadas de quitar algo en las poblaciones? Si es así, ¿qué es aquello que las políticas culturales deberían quitar? O mejor dicho, ¿cómo quitar algo de la cultura con los propios elementos de la cultura? Este ensayo, heredero de una tradición latinoamericana de propuestas al respecto, insiste en la necesidad de posicionar la cultura lejos de los debates estrictamente culturales o culturalistas para involucrarla como un agente clave en el cambio social. Se trata de promover la articulación entre cultura, democracia y ciudadanía a fin de que las políticas culturales puedan convertirse en dispositivos centrales para la transformación de las relaciones sociales existentes.

Tal proyecto pasa por cuestionar a todas aquellas teorías que continúan definiendo a la cultura como un campo independiente y autónomo en el devenir social. Desde Weber sabemos bien que fue el discurso de la modernidad el que desligó al ámbito cultural de su inserción en todas las dimensiones de la vida social, el que segmentó al conocimiento y el que construyó el espacio del arte como un lugar autónomo. Fue, en efecto, la modernidad la que inventó las esferas sociales (la política, la economía, la cultura) como lugares cerrados y autosuficientes, y fue ella la que restringió la entrada a ellas sólo a los especialistas (Grimson 2011, 39–40).

Por eso hay que insistir que una definición más certera de la cultura es aquella que proviene de la antropología contemporánea y que afirma que se trata del dispositivo socializador a partir del cual los seres humanos nos constituimos como tales, vale decir, la cultura es aquel agente que establece y regula la forma en la que se practican las relaciones sociales. La cultura es, por ejemplo, aquello que ha codificado nuestras ideas sobre la diferencia sexual, racial o nuestras relaciones con la naturaleza por sólo citar algunos ejemplos. La cultura preexiste a los sujetos y éstos se constituyen, al interior de ellas, a partir de sus regulaciones y discursos. La cultura produce deseos, leyes y prácticas desde los cuales se generan las estructuras del sentir y del pensar en las subjetividades que las habitan (Williams [1977] 2009).

Por tanto, lejos de entenderla como una instancia encargada solamente de simbolizar lo existente, la cultura debe concebirse como un dispositivo que contribuye a producir la realidad y que funciona como un soporte de la misma. En ese sentido, cualquier proyecto de política cultural debe entender la cultura no tanto por las imágenes que representa sino por lo que hace y lo que buena parte de la cultura hace es producir sujetos y producir (y reproducir) relaciones sociales. Desde esta perspectiva, las políticas culturales deben proponer su propia acción pública optando por posicionarse en debates mucho más amplios que aquellos estrictamente definidos por el desarrollo profesional (y académico) del campo en cuestión.

En principio, las políticas culturales deben observar aquello que se ha afianzado en el mundo social como un *habitus* y una práctica cotidiana (Bourdieu [1979] 1988). Es decir, trabajar en políticas culturales supone localizar aquellos significados asentados en el sentido común que sostienen el orden social. Lo sostienen mediante diferentes prácticas que generan estructuras de goce que erosionan el vínculo social. En mi opinión, uno de los objetivos más importantes de las políticas culturales debe consistir en intentar deconstruir esos significados (esos fantasmas) para proponer nuevas identificaciones políticas.

Por desculturalizar la cultura, hago entonces referencia a una larga estrategia de pensamiento y acción que viene siendo promovida en América Latina desde hace décadas y que debería consistir al menos en dos proposiciones: posicionar a la cultura como un agente de transformación social y revelar las dimensiones culturales de fenómenos aparentemente no culturales.¹ Este ensayo intentará fundamentar algunas ideas de ambas proposiciones. De más está decir que esta propuesta asume que la cultura es algo que sirve para algo y que podemos uti-

1. Me refiero a la tradición que comienza con los esfuerzos de Paulo Freire, Fals Borda y Arturo Escobar y que fue puesta en práctica en gobiernos municipales como los de Antanas Mockus en Bogotá. Desde la academia, me refiero a los aportes producidos en campos como el de políticas culturales (Néstor García Canclini, Jesús Martín Barbero, George Yúdice, Doris Sommer, Diana Taylor) y los estudios decoloniales en América Latina (Catherine Walsh, Santiago Castro Gómez, Walter D'Amico, Aníbal Quijano). Respecto a las actuales iniciativas en curso, me refiero al proyecto de Agentes Culturales que promueve la universidad de Harvard (<http://www.culturalagents.org/>), al Instituto Hemisférico de Performance y Política (<http://hemisphericinstitute.org/hemi/es/>), al proyecto de Puntos de Cultura en Brasil, a la Red Latinoamericana de Arte para la Transformación Social y, ahora, a la denominada Plataforma Puente (<http://plataformapuente.blogspot.com>). Una evaluación de muy valiosas iniciativas puede encontrarse en Yúdice (2012).

lizarla como un recurso con diferentes propósitos de intervención social (Yúdice 2003; Sommer 2006). Por eso mismo, este ensayo insiste en la necesidad de incluir a las políticas culturales en proyectos de políticos de mayor alcance y de optar por gestionarla en los espacios locales que son, justamente, aquellos donde puede proponerse una verdadera agenda de participación ciudadana. Se trata, en última instancia, de desafiar a todas aquellas políticas culturales que, bajo el supuesto de que la cultura es algo puro y autónomo, continúan entendiendo su labor como una simple gestión de espectáculos con muy pocos riesgos políticos.

¿Para qué sirven las políticas culturales? ¿Qué función cumplen como herramienta de gobierno y de gestión pública? ¿Cómo implementarlas? Partamos de una primera afirmación: proponer una agenda en política cultural no solamente tiene que ver con fomentar la producción simbólica e intentar democratizarla. Ello sin duda es urgente, pero pienso que resulta indispensable apuntar a un nuevo lugar. Para explicar cuál es ese lugar voy a realizar una breve digresión de coyuntura política.

Como pocas veces en su historia, el Perú vive actualmente un período de gran estabilidad macroeconómica, un momento de muchas inversiones y de grandes ganancias; un momento que ha generado un discurso con mucha fe en el futuro. Sin embargo, más allá de los buenos indicadores económicos no es posible afirmar que hoy se viva mejor en el Perú, es decir, que la sociedad tenga una mejor calidad de vida y que se esté volviendo más justa y menos violenta. ¿Podemos decir, por ejemplo, que en el Perú actual hay menos racismo, más equidad de género, menos individualismo y más solidaridad entre las personas? Es obvio que no. Por el contrario, todos los días aparecen noticias que demuestran que el Perú sigue siendo una sociedad profundamente autoritaria y deteriorada por la corrupción; una sociedad marcada por la falta de un sentido de justicia y por la intensa precarización del trabajo; una sociedad colonizada por una sola manera de entender el progreso y llena de prejuicios culturales.

“¿No subimos acaso para abajo?” es un impactante verso de César Vallejo que hoy podemos leer como una crítica al proyecto clásico de la modernidad occidental (Vallejo 1988, 197). Me refiero a que con dicha imagen Vallejo cuestiona a un ideal de progreso que termina siempre revirtiendo contra sí mismo. Lejos de las grandes promesas de la modernidad, lo cierto es que las sociedades actuales siguen caracterizándose por la pérdida de confianza en el Estado como garante del vínculo social, por la debilidad del mismo frente a los poderes económicos, por la pérdida de control ante muchas de las dinámicas económicas (y a ante la propia tecnología), por la precariedad de los derechos laborales y por la falta de una real participación política que muestre las posibilidades de la sociedad civil organizada. Es claro que hoy asistimos una crisis silenciosa que también es consecuencia de haber dejado a la cultura de lado:

Se están produciendo cambios drásticos en aquello que las sociedades democráticas enseñan a sus jóvenes, pero se trata de cambios que aún no se sometieron a un análisis profundo. Sedientos de dinero, los estados nacionales y sus sistemas de educación están descartando sin advertirlo ciertas aptitudes que son necesarias para mantener viva la democracia. Si esta tendencia se prolonga, las naciones de todo el mundo en breve producirán generaciones en-

teras de maquinarias utilitarias, en lugar de ciudadanos cabales con la capacidad de pensar por sí mismos, poseer una mirada crítica sobre las tradiciones y comprender la importancia de los logros y sufrimientos ajenos. El futuro de la democracia a escala mundial pende de un hilo. (Nussbaum 2010, 20)

El progreso (entendido sólo como la pura maximización de ganancias) se ha convertido entonces en el fetiche de la modernidad y por esa razón toda política cultural debería apuntar a intentar deconstruirlo neutralizando muchos de los principios que lo sostienen. ¿Por qué? Porque vivimos en sociedades profundamente fragmentadas y desiguales donde sus principales antagonismos constitutivos pueden también ser entendidos como problemas culturales. Me refiero, por ejemplo, a que la corrupción, el autoritarismo, el racismo, entre otros, son problemas que refieren al estilo de vida, a la cultura, y es ahí donde es preciso intervenir. Voy a decirlo de otra manera: hoy en muchos de nuestros países observamos que se generan grandes proyectos de inversión pública en las distintas esferas (en seguridad, en minería, en transporte, por ejemplo), pero no existen iniciativas para reformular nuestra ideas sobre la justicia social, combatir el racismo, o la masculinidad, por citar sólo los temas clásicos. En suma, siguen sin existir proyectos públicos para promover nuevos modelos de identidad bajo nuevos ideales comunitarios.

Desde este punto de vista, lo que todo proyecto de política cultural debe tener en cuenta es que la cultura es uno de los principales lugares donde esas prácticas se afianzan, es decir, donde los poderes autoritarios se establecen pero, curiosamente, la cultura es también un lugar donde todo ello pueden ser radicalmente cuestionado (Richard 2005). Es decir, más allá de haber definido a la cultura como un *habitus* heredado, ella también puede ser un lugar de respuesta a la hegemonía oficial; una manera para desidentificarse con lo establecido y para promover, desde ahí, un campo de mayor visibilización sobre los poderes que nos constituyen y que se reproducen socialmente:

Si es a través de la imaginación que hoy el capitalismo disciplina y controla a los ciudadanos contemporáneos, sobre todo a través de los medios de comunicación, es también la imaginación la facultad a través de la cual emergen nuevos patrones colectivos de disenso, de desafección y cuestionamiento de los patrones impuestos a la vida cotidiana. A través de la cual vemos emerger formas sociales nuevas, no predatorias como las del capital, formas constructoras de nuevas convivencias humanas. (Appadurai 2000, 7)

Ahora bien, ¿cómo puede la política cultural intervenir en los vínculos humanos? ¿Qué significa aquello? Por el momento, puedo enumerar al menos dos estrategias posibles: haciendo más visible cómo se ejerce el poder y promoviendo representaciones destinadas a desestabilizar los imaginarios hegemónicos. Comenzaré entonces con el primer punto: ¿Quién tiene el poder? ¿Quiénes son los excluidos?

Una política cultural verdaderamente democrática debe proponerse abrir espacios para que las identidades excluidas accedan al poder de representarse a sí mismas y de significar su propia condición política participando como verdaderos actores en la esfera pública. Es decir, las políticas culturales deben intentar

hacer más visibles aquellas estructuras de poder que han impedido que muchos grupos humanos puedan participar y tomar decisiones en la vida pública.

De hecho, vivimos en sociedades muy diversas pero sabemos bien que las culturas que las integran no se encuentran en iguales condiciones sociales: no tienen el mismo acceso a recursos, no tienen la misma visibilidad pública y no existe un verdadero diálogo intercultural. Como sabemos, la modernidad tuvo un reverso colonial que consistió en establecer, por ejemplo, una división racial del trabajo que implicó siempre la jerarquización de culturas (Quijano 2000). Si hoy la persistencia de las múltiples identidades excluidas demuestra que la nación no ha sido posible como un proyecto de igualdad, es tarea de las políticas culturales visibilizar aquellos poderes que lo impiden y fomentar una mayor participación pública.

Entonces, no podemos pensar la cultura y, menos aún, proponer nuevas políticas culturales sin pensar en las lógicas del poder. Y ya sabemos que lo primero que el poder genera es un conjunto de verdades que se van afianzando en el saber común y en los *habitus* cotidianos. Hoy, en efecto, somos mucho más conscientes que lo que el poder produce son discursos y que ellos son técnicas de saber investidas en costumbres y en prácticas sociales (Foucault 2000). Por eso mismo, actuar desde la cultura supone ir contra la corriente para deconstruir aquello, afianzado y poderoso, que excluye y que margina (Gilroy 1994, 3).

Pongamos otro ejemplo: todos los días muchos periódicos en el Perú informan sobre diferentes tipos de violencias de género. Los datos son muy altos y las discusiones políticas se concentran sólo en incrementar los castigos a los responsables. Por eso, cada cierto tiempo muchas autoridades insisten en la pena de muerte para los violadores y desde ahí se intentan ganar algunos votos. Pero cualquiera puede adentrarse mucho más en el fondo del problema y realizar las siguientes preguntas: ¿De qué serviría matar a los violadores si seguimos teniendo una cultura que los produce incesantemente? ¿De qué serviría sacarlos de la escena si continúa existiendo un *habitus* social que los promueve y los fomenta? Desde esta perspectiva, es entonces urgente afirmar que la violencia contra la mujer es un problema cultural que refiere, sobre todo, a la producción de las masculinidades, vale decir, a las maneras en que los hombres somos socializados según ciertos modelos de identificación que las políticas culturales harían bien en poner en cuestión.

De hecho, la teoría lacaniana ha explicado bien cómo toda actividad social se sostiene bajo un soporte fantasmático (un imaginario social) que implica siempre una forma de goce y un ejercicio de poder. Desde ahí se afirma que el vínculo social se encuentra producido desde estructuras afectivas hondamente afianzadas en las que es preciso intervenir políticamente. Por tanto, las pasiones y los afectos son agentes claves en las identificaciones colectivas y las políticas culturales deben hacerlos visibles e intentar renovarlos a partir de la puesta en circulación de nuevas representaciones culturales. Dicho de otra manera: atacar un problema social desde la cultura implica preguntarse cuáles son los fantasmas que sostienen a las prácticas sociales existentes, cuáles son sus estructuras de goce, cómo se resisten a los cambios y cómo han terminado por constituirse como *habitus* hondamente asentados en el mundo social (Stravrakakis 2010).

Insisto, si bien es cierto que el poder necesita de discursos (es más, es el poder el que construye los discursos de acuerdo a sus intereses) lo interesante (como decía líneas arriba) radica en notar cómo muchos otros discursos sirven, al mismo tiempo, para desestabilizar al poder. En ese sentido, las políticas culturales insisten en la pertinencia de los objetos simbólicos para neutralizarlos y comenzar a construir nuevas relaciones sociales.

De hecho, fueron los formalistas rusos quienes, hace mucho, nos enseñaron que los objetos culturales suspenden el pacto cotidiano, transforman la percepción común, introducen representaciones inéditas en la sociedad e incentivan la producción de sentidos críticos ante lo existente. Es decir, al desfamiliarizar la costumbre, los objetos culturales sirven como dispositivos que pueden activar deseos críticos, crear nuevos sentidos de comunidad y ser capaces de contribuir a neutralizar el poder. El trabajo en cultura es entonces fundamental en todas las políticas de gobierno pues hay que insistir en que para que un cambio político sea verdadero y efectivo tiene que producirse, al mismo tiempo, un cambio cultural, vale decir, tiene que arraigarse en los sentimientos de la gente, en sus deseos y en sus prácticas cotidianas. Se trata de un gran reto y porque "ha quedado demostrado que es mucho más fácil arrancar montañas que cambiar los valores patriarcales. La clonación de ovejas es un juego de niños comparado con tratar de persuadir a los machistas de que abandonen sus prejuicios. Las creencias culturales son mucho más difíciles que arrancar que los bosques" (Eagleton 2005, 62).

Por eso mismo, las políticas culturales deben tener como primer objetivo posicionar a la cultura como una dimensión transversal de todas las políticas de gobierno pues aquellos proyectos de desarrollo que no estén acompañados del intento por producir una transformación en los imaginarios sociales tendrán siempre un impacto muy limitado. En ese sentido, construir un proyecto de política cultural implica la voluntad de trabajar no solamente con el sector cultural, sino de generar articulaciones con todo tipo de actores sociales. Me refiero a los otros ministerios, a diversas instituciones del Estado, a las organizaciones no gubernamentales, a los movimientos sociales, a los colectivos ciudadanos, a las organizaciones políticas y a la propia academia, por supuesto. Un proyecto exitoso de política cultural es aquel que ha podido articular en su trabajo a actores diversos y aquel que entiende a la cultura como la generación de un proceso y no sólo de un evento.

Es decir, se trata, sobre todo, de concebir el accionar de las políticas culturales como un conjunto de intervenciones y procesos sociales que trasciendan la simple suma de espectáculos. Con excepción de muy pocas iniciativas, la mayoría de los proyectos existentes se limitan a realizar un conjunto de actividades desconectadas entre sí donde muchas veces no se entiende cuál es la lógica o el interés que las subyace. Por el contrario, las políticas culturales deben tener claro dónde intervenir, por qué hacerlo y cuáles son los objetivos por lograr.

Continuemos con el mismo ejemplo. Si en una localidad se encuentra un alto índice de violencia hacia la mujer, entonces la mayoría de las actividades culturales a realizarse deberían estar dedicadas a intervenir dicho tema: ciclos de cine, exposiciones artísticas, obras de teatro, intervenciones callejeras, conciertos de música, edición de folletería, conferencias y congresos, por ejemplo. Es decir, se trata de proponer bloques de actividades, todas relacionadas entre sí, que pue-

dan irse desarrollando durante tiempos largos a fin de intervenir en un tema en cuestión. *Intervenir* significa aquí “introducir”, “sacar a la luz”, “hacer más visible un tema latente en la comunidad”. Así pueden irse sucediendo problemáticas diversas: la discriminación racial, las opciones sexuales, la violencia política, el problema ecológico, la interculturalidad, la crítica a la idea de progreso y desarrollo, entre otros.

Desde este punto de vista, una nueva definición de gestor cultural se hace necesaria: ya no se trata de entender a los gestores como simples administradores de proyectos sino, sobre todo, como agentes culturales (Sommer 2006, 2008), vale decir, como verdaderos curadores encargados seleccionar objetos simbólicos y de construir con ellos guiones según las temáticas en las que se haya optado por intervenir. Un gestor cultural es entonces un activista que debe estar muy integrado con las problemáticas locales y que, a partir de ellas, realiza su trabajo. El gestor cultural, entonces, ya no es solamente un encargado de gestionar eventos sino que, a través de éstos, gestiona, sobre todo, la deconstrucción de imaginarios hegemónicos y la producción de nuevas representaciones sociales (Insa Alba 2011).

Ahora bien, en este punto es preciso resaltar lo siguiente. No se trata, de ninguna manera, de promover que los artistas queden sujetos a ciertos imperativos políticos. Se trata, sin ninguna duda, de continuar fomentando la libre producción cultural en sus múltiples expresiones pero sí de intentar organizarla de acuerdo a propósitos involucrados con el devenir social. El objetivo de un gestor cultural consiste en cartografiar tanto la producción cultural de su localidad como tener un diagnóstico de los problemas sociales para proponer con ellos nuevas intervenciones simbólicas. Los gestores culturales son así los encargados de conocer bien la producción cultural existente (a los grupos culturales y a los artistas locales) y de organizarla de múltiples maneras. Ellos deben realizar una labor parecida a la de los curadores en las galerías. Su trabajo consiste en organizar, en recolocar, en subrayar, pero también (y sobre todo) en activar procesos de discusión pública y de cambio político.

Resumamos: un proyecto de política cultural debería elaborar sus planes de intervención a partir de un buen conocimiento de las problemáticas que afectan la localidad y de una voluntad por convocar a sectores no culturales a fin de discutir participativamente las estrategias de intervención. Construir un proyecto políticamente relevante de política cultural implica sobre todo activar la producción de nuevas identificaciones imaginarias. De hecho, las formas en las que interactuamos con la realidad están mediadas por un conjunto de representaciones que sostienen a las identidades existentes y que no cesan de reproducirse en la vida cotidiana. Es decir, el gran reto de las políticas culturales consiste en hacer entender a los políticos y la ciudadanía en general que muchos de los graves problemas sociales tienen menos que ver con el código penal y sí con la cultura. El objetivo último, insisto, es intentar activar procesos de cambio utilizando la potencia de los símbolos y haciéndolos circular bajo nuevos criterios curatoriales.

§

Como hemos dicho, la cultura tiene que ver con la instauración de sentidos en el mundo y con la regulación de las relaciones humanas en un contexto específico. En algún sentido, todo es cultura y, tal afirmación, es pertinente en este momento

de la historia en el que el capitalismo se ha convertido en un sistema cuya reproducción se asienta, en buena parte, en el control sobre los significados. Diversos estudios sobre cultura contemporánea (Castoriadis, Baudrillard, Lipovetsky, Žižek, entre muchos otros) lo han venido subrayando: ya no es posible separar el dominio económico de las formas simbólicas pues hoy el mantenimiento del sistema reside, en mucho, de la producción de imágenes. Es decir, las imágenes ya no representan a los productos sino que son las imágenes, más bien, las que construyen a los productos generando desde ahí necesidades y gustos. Hoy todos los objetos del mercado son a la vez signos que seducen (Žižek 2003).

Nuevamente, podemos entender entonces a la cultura como una dimensión transversal a la sociedad cuya importancia atraviesa múltiples sectores. Desde aquí, el objetivo de las políticas culturales también consiste en revelar las dimensiones culturales de lo que aparentemente se presenta como no cultural. La cultura, en efecto, se encuentra involucrada en distintos tipos de problemáticas que no son exclusivas de su sector. Muchos ejemplos pueden enumerarse al respecto: las políticas de vivienda, por ejemplo, tienen consecuencias en los usos de los espacios y en las concepciones que hoy manejamos de la interacción social. Los proyectos mineros transforman el estilo de vida de las comunidades locales y pueden generar graves consecuencias en el medio ambiente. Las políticas de seguridad aspiran a promover nuevas formas de estar juntos. Más aún, los derechos laborales no competen solamente al Ministerio de Trabajo sino que, de manera decisiva, involucran también al sector cultural. Si se ha aceptado que el desarrollo ya no sólo puede medirse económicamente, sino que refiere a la calidad de vida y a la generación de una mayor libertad individual (Sen 2001), entonces la defensa del tiempo libre (la reducción de la jornada de trabajo) se presenta como una reivindicación claramente cultural.

Desde ahí, hay que volver a subrayar que la cultura es un agente constitutivo de cualquier práctica social y que es necesario observar las relaciones de poder en las que se encuentra involucrada. Por lo mismo, vale decir, por el carácter fuertemente estructurante que la cultura tiene en los distintos niveles de la sociedad, las políticas culturales deben estar profundamente articuladas con las políticas de otros sectores como trabajo, salud, desarrollo urbano o medio ambiente, sólo por citar algunos nombres. Ellas deben ser transversales, pues “no hay algo humano afuera de la cultura: los modos en que pensamos la economía, la política, las instituciones están relacionadas necesariamente a estos sentidos comunes, a estos hábitos que se han ido forjando a lo largo de la historia, y a lo largo de los conflictos y de las maneras que se fueron resolviendo” (Grimson 2011, 41).

Podríamos, inclusive, ser más radicales aún: no puede existir una política cultural relevante si ella no participa en las decisiones sobre las políticas económicas que, en última instancia, son las que tienen el impacto central en la configuración de la sociedad y en las subjetividades afines a ella. Toda política económica nunca es, en efecto, algo simplemente económico. Las medidas económicas producen subjetividades acordes a sus propios intereses pues llevan implícito un ideal de la vida en sociedad y una definición sobre el individuo que siempre se puede cuestionar.

¿Es importante la cultura? ¿Tiene la cultura alguna fuerza para contribuir a la transformación social? ¿Hacia dónde deben apuntar las políticas culturales? Žižek (2003, 147) sostiene que una verdadera política cultural no se consigue “apuntando directamente a los individuos, intentando re-educarlos, cambiando sus actitudes reaccionarias sino más bien privando a los individuos del apoyo en el “gran otro”, vale decir, del apoyo en el orden simbólico que los sostiene.

Pienso que esta idea conduce a lo mismo a lo que se refería Nietzsche en el epígrafe con el que comenzó este ensayo. Sostengo que privar a los individuos de los soportes establecidos —arrancar aquello se que ha afianzado— es una tarea fundamental de las políticas culturales y ello no significa otra cosa que deconstruir la cultura con los elementos de la propia cultura, vale decir, intentar desmontar los imaginarios hegemónicos utilizando objetos culturales y así comenzar a difundir otro tipo de representaciones sociales.

Pero insisto, se trata de una propuesta que nunca debe interferir con los programas fomento a la producción cultural los cuales siempre deben ser libres y no quedar restringidos por ninguna razón. Esta propuesta sólo apunta a que los servicios y objetos culturales (que ya existen) puedan circular de una nueva manera y sobre todo a que los gestores culturales se conviertan en curadores y en permanentes investigadores de la realidad social. Las políticas culturales deben promover la formación de nuevos gestores culturales que tengan mejores diagnósticos sobre la realidad actual a fin de que puedan difundir los objetos culturales en nuevos formatos. En ese sentido, y casi igual que la filosofía, las políticas culturales no sirven exactamente para resolver los problemas sociales sino que consisten, sobre todo, “en el intento por reformular los problemas mismos, vale decir, en modificar el marco ideológico en el cual los problemas se han percibido hasta el momento”.²

Todo ello conduce hacia un punto adicional y muy importante: las políticas culturales deben tener como estrategia fundamental dar la batalla por los espacios públicos son los agentes destinados a introducir algo nuevo en la sociedad. De hecho, los espacios públicos (en los que incluyo a la web y a las redes sociales, por supuesto) son, por excelencia, los lugares democratizadores de la cultura y resulta urgente defenderlos e incrementarlos. Frente al monopolio de los medios de comunicación, los espacios públicos son lugares indispensables para proponer nuevos mensajes. Dar la batalla por ellos implica asumirlos como puntos de encuentro de una ciudadanía nueva en la que se quiere participar.

En suma, debemos entender a las políticas culturales como dispositivos firmemente involucrados en la construcción de mayor ciudadanía. Su objetivo debe consistir en fomentar la producción cultural y generar mejores redes de circulación de la misma, pero también en organizarla y posicionarla de una manera nueva y diferente. Y ello porque si hoy la política (de los políticos) se ha convertido en un discurso vaciado de contenido, es decir, si la política se ha vuelto un puro espectáculo mediático, una simple maquinaria electoral y, sobre todo, una

2. Slavoj Žižek, “Some Politically Incorrect Reflections on Violence in France and Related Matters”, 2005, <http://www.lacan.com/zizfrance.htm>.

irritante aceptación del presente, las políticas culturales deben proponerse como una reserva para establecer nuevos sentidos de comunidad y renovar la esfera pública.

La propuesta por desculturalizar la cultura implica entonces arrancar la cultura de su supuesta autonomía y utilizarla como recurso para intervenir en el cambio social. Las políticas culturales actuales deben posicionarse, sobre todo, como agentes críticos del tiempo de la modernidad que Walter Benjamín figuró como el de una mecha encendida. En su opinión, el progreso, liderado solamente por la pura acumulación de capital, no se dirige al desarrollo sino más bien hacia la destrucción del mundo. Benjamin sostenía: “Es preciso cortar la mecha ardiente antes de que la chispa alcance la dinamita” ([1955] 1987, 64).

Hoy sabemos que la construcción de una sociedad democrática pasa por el establecimiento de una verdadera justicia económica y por una mayor institucionalidad política, y quizá la reconstrucción de nuevos imaginarios sociales pueda contribuir a ello. Hoy también sabemos que el sistema económico se apoya en la producción simbólica y que ése es un espacio por aprovechar. “Una comunidad libre —en todo caso— es una comunidad que no se escinde en esferas, que no conoce la separación entre la vida cotidiana y el arte” ha sostenido Rancière (2005, 29). Por eso mismo, y contra toda la actual maquinaria de un saber tecnocrático que desliga lo cultural de lo político y lo político de lo económico, esta propuesta enfatiza la necesidad —heredada de Gramsci— de entender a la cultura como un nuevo poder y, sobre todo, de comenzar a tomar el poder desde la cultura. En última instancia, desculturalizar la cultura implica hacer eco de un revés estratégico: simbolizar lo político, democratizar lo simbólico.

REFERENCIAS

- Appadurai, Arjun
2000 “Grassroots Globalization and the Research Imagination”. *Public Culture* 12 (1): 1–19.
- Benjamin, Walter
(1955) 1987 *Dirección única*. Madrid: Alfaguara.
- Bourdieu, Pierre
(1979) 1988 *La distinción*. Madrid: Taurus.
- Eagleton, Terry
2005 *Después de la teoría*. Barcelona: Debate.
- Foucault, Michel
2000 *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Selección e introducción de Miguel Morey. Madrid: Alianza Editorial.
- Gilroy, Paul
1994 *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Grimson, Alejandro
2011 *Los límites de la cultura: Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Insa Alba, José Ramón
2011 “¿Y si los gestores ya no gestionamos?” *Espacio rizoma*, no. 796 (8 de septiembre). <http://espaciorizoma.wordpress.com/2011/09/08/796/>.
- Nussbaum, Martha
2010 *Sin fines de lucro: Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Madrid: Katz.

- Quijano, Aníbal
 2000 "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". En *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales; Perspectivas latinoamericanas*, compilado por Edgardo Lander, 201–246. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Rancière, Jacques
 2005 *Sobre políticas estéticas*. Barcelona: Museu d'Art Contemporani de Barcelona.
- Richard, Nelly
 2005 "Globalización académica, estudios culturales y crítica latinoamericana". En *Cultura, política y sociedad*, compilado por Daniel Mato, 455–470. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Sen, Amartya
 2001 *Desarrollo y libertad*. Bogotá: Planeta.
- Sommer, Doris
 2006 *Cultural Agency in the Americas*. Durham, NC: Duke University Press.
 2008 "Arte y responsabilidad". *Letral: Revista electrónica de estudios transatlánticos de literatura*, no. 1 (diciembre): 128–144.
- Stravarakakis, Yannis
 2010 *La izquierda lacaniana: Psicoanálisis, teoría, política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Vallejo, César
 1988 *Poesía completa*. Edición crítica y estudio introductorio de Raúl Hernández Novás. La Habana: Casa de las Américas.
- Williams, Raymond
 (1977) 2009 *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Los Cuarenta.
- Yúdice, George
 2003 *El recurso de la cultura: Usos de la cultura en la era global*. Barcelona: Grijalbo.
 2012 "Innovación en la acción cultural". *La cultura en tiempos de desarrollo: Violencias, contradicciones y alternativas*, editado por Nuria Girona. Valencia, España: Universitat de Valencia.
- Žižek, Slavoj
 2003 *A propósito de Lenin: Política y subjetividad en el capitalismo tardío*. Buenos Aires: Atuel.

